llas delicias que preludió en el Libro de los Proverbios; pero también lo es, que en todos sus actos estuvo representada la Eucaristía, en la que estas delicias se hallan condensadas.

Por la Encarnación, el Hijo de Dios bajó del Cielo á la Tierra, y María se elevó de la Tierra al Cielo; (1) y por la Eucaristía, baja el Hijo de Dios, también á la Tierra, y el alma del que comulga se remonta al Cielo.

Por la Encarnación, "el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros;" (2) y por la Eucaristía, el Verbo se hace pan y reside entre nosotros y en nosotros.

Por la Encarnación, Jesucristo oculta su divinidad en la forma del hombre; y en la Eucaristía, oculta su humanidad en los accidentes del Pan [3]....

Pero qué vamos á hacer! Penetrar las relaciones que existen entre estos dos misterios, equivale á dar un paso, fuera de una embarcación que navega en alta mar; el temerario que así lo haga, se precipitará al fondo del abismo y perecerá en las aguas del Océano.

(1) Mística Ciudad de Dios.
(2) S. Juan I. 14.
(3) La Encarnación y la Eucaristía—Apostolado de la Curz.—Tomo I. Nos. 20, 22, 25 y 26.

En su Nacimiento también se ve brillar la Eucaristía, proyectando sobre él sus rayos luminosos, como la inexplicable luz que aulmbró á los pastores de las cercanías de Belén; [1] como la estrella milagrosa que guió á los sabios del Oriente. [2]

Si fijamos, en efecto, aunque sea ligeramente la atención en estos dos misterios, los vemos asemejarse por las más íntimas relaciones y las más encantadoras armonías.

En el Nacimiento está oculto en el seno de María en los momentos que le preceden; y en la Comunión está oculto, momentos antes, en el Sagrario del Altar.

En el Nacimiento está en los brazos de María; en la Comunión está en las manos del Sacerdote.

En el Nacimiento está envuelto en blancos pañales y ceñido por blandas fajas; en la Comunión está cubierto con los cándidos accidentes y aprisionado con los lazos del Sacramento.

En el Nacimiento su Madre lo presenta

(1) S. Luc. II,6.
(2) S. Lucas.
(3) S. Mat. II, 1.

á la vista de los pastores y á la adoración de los Magos; en la Eucaristía, su Ministro lo presenta á la vista de los espectadores y á la adoración de los fieles.

En el Nacimiento viene á vivir con los hombres; en la Eucaristía viene á vivir en las almas. (1)

Otra vez nos sentimos arrebatados por la misma atracción; y otra vez tenemos que detenernos por la misma necesidad. Y para no seguir en esta lucha que haría estas reflexiones interminables, bástenos decir que en su nacimiento y en su desarrollo; en su vida oculta y en su vida pública; en el taller y en la Sinagoga; en las calles y en el templo; en sus enseñanzas y en sus ejemplos; en sus parábolas y en sus milagros, está preludiando y descubriendo, la santa, la adorable, la inconcebible, la maravillosa Eucaristía; está marchando, sin detenerse, á la Eucaristía.

Iba, como hombre, caminando á su muerte, determinada por su Pasión: iba, pues, caminando á la Eucaristía en cuyo admirable Misterio está condensada su Pasión y anticipada su muerte.

---

(1) El Adviento-Apostolado de la Cruz Tomo III, 31

En efecto, en su Pasión, su Cuerpo fué despedazado y su Sangre fué derramada; y en la Eucaristía, El mismo despedazó su Cuerpo, cuando al partir el pan dijo: "este es mi cuerpo," y derramó su Sangre, cuando al distribuir el vino entre todos sus discípulos les dijo: "esta es mi Sangre." (1)

Y así como el mundo, y Jesucristo en su humanidad, marchan á la Eucaristía como á su fin, así el alma, así el hombre, al caminar á su último fin, camina á la Eucaristía, pues en la Eucaristía está la prenda ó el preludio de su último fin.

El último fin del hombre, según lo enseña nuestro sabio Catecismo, consiste en "amar y servir á Dios en esta vida, y después verle y gozarle en la otra:" en la Eucaristía se realizan todos estos actos, se llenan todos estos objetos, luego en la Eucaristía está la prenda del último fin del hombre.

El amor es un sentimiento generoso que hace nacer en el corazón un deseo ardiente de acercarse al objeto amado; de unirse íntimamente con él, de confundirse con

---

(1) Mat. XXVI, 26. 27 y 28.

él, de identificarse con él, y de sacrificarse hasta morir por él.

Todo esto hace el cristiano que comulga: separado de Jesucristo por la culpa, comienza por alejarse de ella, rompiendo todos los lazos que pudieran retenerlo, y salvando todas las dificultades que pudieran estorbarlo: su unión con El es tan íntima, que no puede serlo más, puesto que es la que hay entre el alimento y el que lo recibe: se confunde con El, según El mismo lo asegura cuando dice: "El que come mi Carne, y bebe mi Sangre, está en mí y Yo estoy en él: (1) se identifica con El conforme á la afirmación de David, que dice á los cristianos que comulgan: "sois dioses é hijos del Altísimo;" (2) y á la del Apóstol que escribe: "sois el Cuerpo de Jesucristo y los miembros de sus miembros." (3) Con la sagrada Comunión "somos los miembros del Cuerpo de Jesucristo, formados de su Carne y de sus Huesos." (4)

"Yo vivo, pero no vivo yo; Cristo es el que vive en mí." (5)

(1) S. Juan VI, 56.
(2) Ps. LXXXI, 6.
(3) 1ª Cor. XII, 27.
(4) Efes. V, 30
(5) Gál. II, 20.

"Somos participantes de la naturaleza divina." (1)

Jesucristo "da á los que le reciben el poder de ser hijos de Dios." (2)

Lo mismo afirman: David en otros de sus Salmos; San Pablo en otras de sus Epístolas; San Agustín, San Cipriano, San Juan Crisóstomo, Santo Tomás, San Cirilo de Jerusalén, San León, Tertuliano... pero no debemos ya multiplicar las citas, las que, por otra parte, no son necesarias para persuadir de que, por la Comunión, el cristiano se identifica con Jesucristo.

También se sacrifica hasta morir por El.

Sacrifica sus gustos, sus inclinaciones, sus costumbres, sus deseos, siempre que en esto haya algo que lo inhabilite para la Comunión; y muere para el pecado, para el mundo, para las pasiones, para el sensualismo, para todo, en fin, lo que le aleja de Dios.

En la Eucaristía, 2º; se sirve á Dios.

Servir á Dios, es primeramente, y ante todo, sujetarse á su voluntad.

La voluntad está de tal manera vincula-

(1) 2ª S. Ped. I, 4.
(2) S. Juan I, 12.

da á los deseos, que puede con toda exactitud decirse que en la realización de los deseos consiste la voluntad; y esta voluntad será tanto más y mejor cumplida, cuanto más vehementes sean aquellos deseos.

Jesucristo tuvo un deseo grande, un deseo ardiente, un deseo irresistible, el deseo de los deseos, que dejó traslucir en diferentes pasajes de su vida, pero que no descubrió con toda claridad, sino en los momentos más solemnes, cuando sus palabras tenían el valor que siempre les imprime la proximidad de la muerte; cuando unas cuantas horas antes de su Pasión, vació su corazón lleno de ternura en aquel expresivo, conmovedor, inolvidable y elocuentísimo *desiderio desideravit*, en que expresó á sus discípulos, y en ellos á todos los hombres, el sentimiento que experimentaba, el regocijo que sentía, el gozo de que se hallaba poseído, al celebrar con ellos esa Pascua; al darles á comer su Cuerpo y á beber su Sangre; al realizar aquella invención grandiosa, magnífica y sublime, en cuya virtud, al separarse de los hombres por la muerte que le esperaba, se iba á quedar con ellos hasta la con-

sumación de los siglos; al instituír, en fin, el Sacramento de la Eucaristía.

En el curso de su vida pública, hizo sensible esta voluntad por parábolas: ya por el disgusto que causaron al Padre de familia las excusas de los invitados á la gran cena con que celebró las bodas de su hijo; (1) ya por la alegría con que el Padre del Pródigo, celebró la vuelta de éste al hogar con un espléndido banquete. (2)

También la dió á conocer por sus milagros; ora convirtiendo el agua en vino, en un banquete dado para celebrar unas bodas, (3) ora multiplicando los panes en el desierto; (4) ya haciendo admirar su poder en Tiberiades, al sosegar una tempestad embravecida, (5) ya dejando descubrir su divinidad en el Tabor, por su trasfiguración milagrosa. (6)

Y por sus invitaciones. En el instante quizá más solemne de la Misa; cuando todas las rodillas se doblan; cuando el pequeño cirio en que la fe se halla sinboli-

(1) S. Luc. XIV, 21.
(2) S. Luc. XV, 23.
(3) S. Juan, II, 3, 6, á 13.
(4) S. Mat. XIV, 16 á 21. XV, 34 á 38—S. Marc. VI, 37 á 44.—VIII, 5 á 9.—S. Luc. IX, 13 á 17.—S. Juan, VI, á 13.
(5) S. Mat. VIII, 26. S. Marc. IV, 39.—S. Luc. VIII, 24.
(6) S. Mat. XVII, 2. S. Luc. IX, 29.

zada se enciende; cuando los cielos se abren para dar salida, y las bóvedas del templo, para dar paso á Jesucristo, que á la débil voz del Sacerdote baja á depositarse entre sus manos, dice á los fieles con un acento dulce y armonioso, mezcla suave de súplica y mandato: "Tomad y comed." "Tomad y bebed:" y fundando sobre la razón este generoso convite, como para persuadirnos á aceptarlo, agrega: "porque este es mi cuerpo;" "porque esta es mi sangre." (1)

Ya muchos siglos antes había el Señor puesto en la inspirada lira del más sabio de los escritores y el más dulce de los poetas, esta expresiva, generosa y cordial invitación que está realizando la ternura, la alegría, la felicidad y el amor: "Oh! amigos mios! oh mis tiernamente amados, comed y bebed: comed hasta quedar satisfechos; bebed hasta quedar embriagados. (2)

Y por sus insinuaciones. En la instructiva y tierna plática que tuvo con sus discípulos en esa misma noche, por tantos motivos memorable, tratando de que sus

(1) S. Mat XXVI, 26, 27 y 28.
(2) Cant. V, 1.

corazones y sus entendimientos se penetraran de la necesidad de su unión con El, "permaneced en mí-les dijo-que yo permaneceré en vosotros. Al modo que el sarmiento, no puede producir fruto de su yo, si no está unido con la vid, así tampoco vosotros, si no estáis unidos conmigo. Yo soy la vid, vosotros los sarmientos: quien está unido conmigo y yo con él, ese da mucho fruto; porque sin mí, nada podéis hacer." (1)

Algún tiempo antes, cuando acababa de multiplicar milagrosamente los panes en las llanuras de Bethsaida, multiplicó estas mismas insinuaciones, hablando con los judíos que habían ido á buscarle á Cafarnaum.

"Moisés-les dijo-no os dió el pan del Cielo; os dió solamente una figura de él: mi Padre es quien os da á vosotros el verdadero pan del Cielo: porque pan de Dios es aquel que ha descendido del Cielo y que da la vida al mundo .... Yo soy el pan de vida; Yo soy el pan vivo, que ha bajado del Cielo .... Mi Carne es verdadero

(1) S. Juan XV, 4 y 5.

manjar y mi Sangre es verdadera bebida." (1)

Siglos antes de su venida al mundo, anunciando este admirable Misterio había dicho por su Profeta: "A todos los pueblos fieles, daré en este monte *de la nueva Sion* un convite de manjares suculentos y vinos exquisitos; de carnes gordas de mucha sustancia, de vinos puros sin mezcla." (2)

Y por sus figuras. El pan cocido en el rescoldo que vió y comió Elías bajo la sombra del Enebro en el desierto de Bersabeé, y que le dió fuerzas para caminar durante cuarenta días y cuarenta noches por sendas extraviadas, hasta llegar al Monte de Dios. (3)

Bendiciendo Jacob á sus hijos, al sentirse cercano á la muerte, dijo á Judá, cuyo nombre significa *alabanza*, y de cuya Tribu habían de nacer David, Salomón, Josafat, Jacob, padre de José Esposo de María, Madre del Salvador, estas significativas palabras, que son inspiradas predicciones: "El Mesías ligará á la

(1) S. Juan VI, 32, 33, 35, 48, 51 y 56.
(2) Is. XXV, 6.
(3) 3° Reyes. 3 á 8.

viña su pollino, y á la cepa su asno. Lavará en vino su vestido, y en la sangre de las uvas su manto." Y á Aser, cuyo nombre significa *felicitador*, que "su pan mantecoso y excelente, servirá de regalo á los reyes." (1)

Y por sus promesas. "Quien comiere de este pan-dijo á los Cafarnaitas-vivirá eternamente." "Quien come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna, y yo le resucitaré en el último día." (2)

Ya antes lo había anunciado por su Profeta: "Comerán los pobres-dijo-y quedarán saciados; los que se acercan al Señor le cantarán alabanzas y sus corazones vivirán por los siglos de los siglos." (3). "Acercaos á El y seréis iluminados." (4)

Y por sus amenazas. "En verdad, en verdad os digo-dijo Jesucristo en las circunstancias antes citadas-que si no comiereis la Carne del Hijo del hombre, y no bebiereis su Sangre, no tendréis vida en vosotros." (5) "Os protesto-dijo en su significativa parábola-que ninguno de los que

(1) Gen. XLIX, 11 y 20
(2) S. Juan VI, 52 y 55.
(3) Ps. XXI, 27.
(4) 16 XXIII, 6.
(5) S. Juan VI, 54.

antes fueron convidados, ha de probar mi cena." (1)

"Llegó su alma á sentir horror por aquel Pan de vida, y se han precipitado á los abismos de la muerte." (2)

No es, pues, racionalmente posible poner en duda que la voluntad de Dios es que el hombre se acerque á la Eucaristía; y que sus deseos son que viva en la Eucaristía.

Acercándose, pues, á este Sacramento y viviendo en El, secunda esta voluntad, satisface estos deseos, y por consiguiente sirve á Dios, en El.

En El también lo ama, según lo demostrado anteriomente: luego el hombre, en la Eucaristía, ama y sirve á Dios en esta vida; que es lo que le corresponde hacer, para la consecución de su último fin.

En cuanto á la segunda parte, verle y gozarle en la otra, que es lo que toca hacer á Dios, muy explícito es en los pasajes de la Escritura citados. Y como sus promesas son seguras y su palabra infalible, puesto que es la verdad misma, Es inmutable porque permanece eternamen-

(1) S. Luc. XIV, 24.
(2) Ps. CVI, 18.

te. (1) "Secose el heno y cayó la flor, mas la palabra del Señor nuestro dura eternamente." (2) El Cielo y la Tierra pasarán-dijo el mismo Jesucristo-pero mis palabras no fallarán." (3) Es excelente, y tanto, que el primero de los Profetas Mayores, celebra los pies de los que la anuncian diciendo: "Reinará tu Dios, y tú reinaras con El." (4) "Es viva, eficaz y penetrante," según la clasificación del Apóstol. (5) Es el espejo del cristiano, según la llama Clemente de Alejandría. [6] Es pura y sincera, plata ensayada al fuego, acendrada en el crisol y siete veces más refinada." (7) "Es recta. y llena de alegría los corazones." (8)

"No es menos excelente que el corazón de Jesucristo. (9)

Es el fundamento de la Creación, de la conservación, de la Redención, de la Ley, de los Sacramentos y de todo.

Es, por decirlo de una vez, el Verbo, la

(1) Ps. CXVI, 2.
(2) Is. XL, 8.
(3) S. Mat. XXIV, 35.
(4) Is. LII, 7.
(5) Hb. IV, 12.
(6) Pedag Lib. I—Cap. IX.
(7) Ps. XI, 7.
(8) Ib. XVIII, 9.
(9) S. Agustín—Lib. C. de D.

Segunda Persona de la Santísima Trinidad, el mismo Dios.

Pues si esta Palabra nos asegura que si amamos á Dios y le servimos en esta vida, lo veremos y gozaremos en la otra; y que para amarlo y servirlo, nos basta la Eucaristía, forzosamente debemos deducir, que en la Eucaristía, amamos y servimos á Dios en esta vida, y lo veremos y gozaremos en la otra: es decir, que en la Eucaristía está la prenda del último fin del hombre.

Así nos lo dejan entender las palabras que nos dirige el Sacerdote al depositar en nuestra lengua la Sagrada Forma, cuando con el acento entusiasta y suplicante del deseo, y el persuasivo y firme de la promesa, nos dice que el Cuerpo de nuestro Señor Jesucristo, guarde nuestra alma para la vida eterna. Deseo que empieza á tener su realización, y promesa que empieza á tener su cumplimiento, desde ese instante feliz y solemnísimo en que el cristiano ve á Dios; no con los ojos imperfectos de la materia, que perderían la vista al verlo; sino con los ojos de la fe, cuya luz sobrenatural aclara su vista para que puedan contemplarlo.

Y al mismo tiempo que lo ve, lo goza, porque en la Mesa Eucarística se alimenta con vianda de ángeles y con Pan del Cielo, que encierra en sí toda delicia y la suavidad de todo sabor. (1)

"Pan de ángeles comió el hombre—dice David, contemplando en visión profética al cristiano después de disfrutar este delicioso festín–envioles víveres en abundancia." (2)

En vista de estas verdades, que tienen el carácter de axiomas, puesto que son evidentes por sí mismas, y de otras que comprendemos y nos sujetamos á la necesidad de sacrificar á la brevedad, podemos ver como un hecho, puesto ya fuera de duda por la deducción, pero reforzado todavía más por la evidencia, que en la Eucaristía está vinculado el último fin del hombre. Punto importantísimo y delicadísimo, que en los Ejercicios Espirituales de S. Ignacio, es la esencia de la meditación capital del *Principio y Fundamento*.

---

(1) Sab. XVI, 20.
(2) Ps. LXXVII, 25.